

ROSALINDA.—¿No sería mejor, ya que soy de una estatura más alta que la general, que me disfrazara de hombre? Con una buena daga al cinto y un venablo en la mano (aunque en mi corazón se anide oculto todo el miedo de la mujer), tendré un exterior marcial é imponente. Y en ello seré como muchos hombrecillos cobardes que con la apariencia ocultan su cobardía.

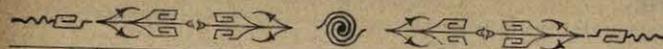
CELIA.—¿Qué nombre te he de dar cuando seas hombre?

ROSALINDA.—No quiero tener un nombre que valga menos que el del mismo paje de Júpiter. Así, me llamarás Ganimedes. ¿Y qué nombre tomarás tú?

CELIA.—Uno que de algún modo se refiera á mi situación. Yo no me llamaré Celia, sino Aliena.

ROSALINDA.—¿Y qué te parecería, prima, si ensayáramos robarnos á aquel necio de bufón de la corte de vuestro padre? ¿No nos serviría de solaz durante el viaje?

CELIA.—Me seguiría de extremo á extremo del mundo. Deja á mi cuidado el ganarlo. Vámonos. Juntemos nuestras joyas y nuestro caudal, y discurre tú el tiempo más oportuno y el camino más seguro para sustraernos á la persecución que se nos ha de hacer después de mi fuga. Ahora iremos contentas, no al destierro, sino á la libertad.



ACTO II

ESCENA PRIMERA

El bosque de Ardenas

DUQUE

Y bien, compañeros y hermanos de destierro, ¿no hace la costumbre que sea más dulce esta vida que la de las vanas pompas? ¿No están más exentas de peligro estas selvas que la envidiosa corte? Aquí no tenemos otro padecimiento que el de Adán; la diversidad de la estación; el rudo zumido y el diente helado del viento del invierno. Y cuando sopla sobre mi cuerpo y lo muerde y lo hace encogerse de frío, me digo sonriendo: «Esto no es adulación; estos son consejeros que con toda sinceridad me convencen de lo que soy.» Dulces son los frutos de la adversidad que, semejante al feo y venenoso sapo, lleva en la cabeza una preciosa joya.—Y esta nuestra vida retirada del bullicio público, descubre idiomas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras, y el bien en todas las cosas.

AMIENS.—No querría cambiarla. ¡Dichoso sois, Al-

teza, que podéis tornar la obstinación de la fortuna en un modo de ser tan dulce y apacible!

DUQUE.—Venid. ¿Iremos á matar venados? Y sin embargo me contrista el que estos pobrecillos abigarrados, naturales moradores de esta soledad, sientan que en sus propios confines un venablo de doble filo les atraviere los costados.

LORD 1.^o—Por cierto, mi señor, que el melancólico Santiago se aflige de ello; y en este sentido jura que sois más usurpador que el hermano que os ha destruido. Mi lord Amiens y yo nos deslizamos hoy ocultamente hasta donde yacía aquel, reclinado bajo un roble cuyas viejas raíces asoman sobre el arroyo que susurra á lo largo de este bosque.—Vino á desfallecer allí un pobre ciervo fugitivo herido por el arma de algún cazador; y en verdad, señor, que el desventurado animal exhalaba tan hondos quejidos, que su piel se dilataba por el esfuerzo como si hubiera ido á rasgarse, y gruesas lágrimas corrían de sus ojos una tras otra en lastimera sucesión. Así, la pobre alimaña, permaneció en el borde mismo del rápido arroyo que recibía sus lágrimas, mientras la observaba atentamente el melancólico Santiago.

DUQUE.—Pero ¿qué dijo éste? ¿No moralizó sobre ese espectáculo?

LORD 1.^o—¡Oh, sí, por mil símiles! En primer lugar porque vertía sus lágrimas en el arroyo que no necesitaba de ellas, exclamó: ¡Pobre venado! Haces testamento como las gentes mundanas, dando lo más que tienes á quien ya tiene demasiado.» En seguida por hallarse solo y abandonado por sus amigos de piel aterciopelada, dijo: «Es justo: esta desgracia ahuyenta la afluencia de compañeros.» Al mismo tiempo un ható hartó de pacer pasa saltando á su lado sin cuidarse de él. «Sí, seguid adelante, gordos y lustrosos ciudadanos. Es la moda. ¿A qué mirar á ese quebrado, pobre y arruinado?»—

Así con gran vehemencia destrozó la estructura del país, corte y ciudad, y aun nuestro presente género de vida; jurando que no somos más que usurpadores, tiranos y todo lo que hay de peor, en espantar á estos animales y matarles en su propio y nativo albergue.

DUQUE.—¿Y estaba en tal meditación cuando le dejasteis?

LORD 2.^o—Sí, mi señor; llorando y comentando sobre el quejumbroso ciervo.

DUQUE.—Mostradme el sitio. Pláceme escucharle en estos arranques repentinos, porque entonces está lleno de lucidez.

LORD 2.^o—Os conduciré directamente hacia él.
(Salen).

ESCENA II

Cuarto en el palacio

Entran el DUQUE FEDERICO, LORES y SEQUITO

DUQUE FEDERICO.—¿Cómo es posible que ningún hombre las haya visto? No puede ser. Sin duda hay en mi corte algunos villanos que han consentido y cooperado en ello.

LORD 1.^o—No puedo saber de persona alguna que la haya visto. Las señoras camareras suyas, la vieron acostarse en su lecho, y temprano en la mañana hallaron que faltaba de él el tesoro de su dueño.

LORD 2.^o—Señor, también se echa de menos al bufón que tantas veces hizo reír á vuestra Alteza. Hesperia, la dama de honor de la princesa, confiesa haber oído secretamente á vuestra hija y á su prima elogiar en extremo las cualidades y atractivos del luchador que poco há venció al robusto Carlos; y cree que adonde quiera que hayan ido, seguramente ese joven las acompaña.

DUQUE FEDERICO.—Enviad adonde su hermano, y traed aquí á ese valiente. Si se ha ausentado, traedme á su hermano. Yo haré que lo encuentre. Haced esto al instante, y no haya tregua en la investigación y diligencia para hacer regresar á esas locas fugitivas. *(Salen).*

ESCENA III

Delante de casa de Oliverio

Entran ORLANDO y ADAM, que se encuentran

ORLANDO.—¿Quién está ahí?

ADAM.—¿Cómo! ¿mi joven señor? ¡Oh mi buen y amado señor! ¡Oh vos, memoria viva de sir Rowland! ¡Cómo! ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué sois virtuoso? ¿Por qué os aman las gentes? ¿Y por qué sois gentil, fuerte y valeroso? ¿Por qué tomaríais tan á deseo el vencer al membrudo luchador del caprichoso duque? Demasiado aprisa ha llegado aquí antes que vos vuestra alabanza. ¿No sabéis, señor, que para cierta clase de hombres sus buenas prendas les sirven sólo de enemigos? Así os sirven las vuestras. Vuestras virtudes, mi gentil señor, son para vos santificados traidores. ¡Oh! ¡qué mundo éste en el cual la nobleza de alma atrae el veneno al que la posee!

ORLANDO.—¿Pero qué acontece?

ADAM.—¡Oh desdichado joven! No paséis por estas puertas. Bajo este techo vive el enemigo de todas vuestras virtudes. Vuestro hermano (no, no hermano, y sin embargo es hijo—pero no, no es hijo—no quiero llamarlo hijo—de aquel á quien iba á llamar su padre) ha oído vuestras alabanzas, y se propone incendiar esta noche el alojamiento en que acostumbráis dormir, cuando estéis en él. Si no lo consigue así, echará mano de otros medios para deshacerse de vos. Pude oír lo que él y los

suyos decían. Este no es un hogar: esta casa no es más que un matadero. ¡Abominadla, temedla, no entréis en ella!

ORLANDO.—¿Pues á dónde querrías entonces que fuese, Adam?



ADAM.—No importa á dónde, con tal de que no vengáis aquí.

ORLANDO.—¿Pues qué! ¿Querriás verme ir á mendigar mi alimento? ¿O con una espada vil y turbulenta arrancar por fuerza en el camino público una subsistencia furtiva? Tendría que hacer esto, ó no sabría qué hacer. Y esto no lo haré jamás, suceda lo que quiera. Antes me someteré á la ma-

lignidad de una sangre degenerada, y de un sanguinario hermano.

ADAM.—Pero no hagáis tal. Tengo quinientas coronas, el salario economizado bajo vuestro padre, que atesoré para que me alimentara cuando mis miembros envejecidos no pudieran ya hacer el servicio y estuviera mi vejez abandonada en un rincón. Tomadlas; y aquel que alimenta al cuervo y provee de sustento al gorrioncillo, será el báculo de mi vejez. Hé aquí el oro: os le doy por entero. Permitidme ser vuestro criado. Aun cuando parezco anciano, soy vigoroso y activo; porque jamás en mi juventud vicié mi sangre con licores ardientes y perturbadores; ni con desvergonzada frente atraje sobre mí la extenuación y el agotamiento. Así mi edad es como un invierno helado pero saludable. Dejad que os acompañe y os prestaré en todas vuestras ocupaciones y necesidades los servicios de un hombre más joven.

ORLANDO.—¡Oh buen anciano! ¡Qué bien se muestra en ti el fiel servicio del mundo antiguo en el cual el servidor derramaba su sudor por el deber, no por la recompensa! No eres tú semejante á los de este tiempo, en que ninguno trabaja sino por medrar, y una vez conseguido esto, entorpece el servicio aún con la ganancia. No es así contigo, pobre anciano, que cultivas un árbol carcomido que no puede producir ni siquiera una flor en cambio de todas tus fatigas y cuidados. Pero haz como quieres: iremos juntos, y antes de consumir los salarios de tu mocedad, encontraremos algún modesto modo de vivir.

ADAM.—Poneos en camino, señor; que yo os seguiré hasta el último aliento, con sincera lealtad. Desde que tuve diez y siete años hasta ahora que cuento cerca de ochenta, he vivido aquí; pero ya aquí no vivo más. Muchos prueban fortuna á los diez y siete años: pero á los ochenta es demasiado

tarde. Sin embargo, la fortuna no puede darme mejor premio que el morir bien, habiendo cumplido mi deber con el amo.
(Salen).

ESCENA IV

El bosque de Ardenas

Entran ROSALINDA en traje de mancebo. CELIA vestida de pastora y PIEDRA-DE-TOQUE

ROSALINDA.—¡Oh Júpiter! ¡Qué fatigado está mi ánimo!

PIEDRA.—Poco me importaría el ánimo, si no tuviera cansadas las piernas.

ROSALINDA.—Si me dejara llevar de mi corazón, deshonraría mi traje de hombre llorando como una mujer. Pero debo animar á la parte más débil; porque justillo y bragas han de ostentar valor ante una falda. Animo, pues, buena Aliena.

CELIA.—Te ruego que tengas paciencia conmigo. No puedo seguir adelante.

PIEDRA.—Pues por lo que á mí atañe, mejor querría llevaros en paciencia que llevaros en brazos; aunque llevaros á cuestras no sería llevar ninguna cruz; pues creo que andáis con la bolsa vacía.

ROSALINDA.—Bien. Esta es la selva de Ardenas.

PIEDRA.—Sí, héme aquí en Ardenas, con lo cual soy doblemente idiota; pues mejor lugar tenía cuando estaba en casa. Pero los que viajan han de contentarse con todo.

ROSALINDA.—Y así debéis hacerlo, buen Piedra-de-toque. Pero mirad quién viene. Son un joven y un anciano que conversan con solemnidad.

(Entran Corino y Silvio.)

CORINO.—Ese es el camino para hacer que os desprecie todavía.

SILVIO.—¡Oh Corino! ¡Si supieras cuánto la amo!

CORINO.—Algo de ello conjeturo; como que alguna vez he amado.

SILVIO.—No, Corino. No puedes imaginarlo, siendo anciano, aunque hayas sido en tu juventud un amante tan verdadero, como el que en cualquier tiempo haya suspirado en el insomnio de la media noche. Pero si tu amor se parecía al mío (aunque



estoy seguro de que jamás hombre alguno amó como yo) ¡á cuántas acciones soberanamente ridículas no te ha de haber arrastrado tu fantasía!

CORINO.—A mil de ellas que ya ni recuerdo.

SILVIO.—¡Oh! ¡Pues entonces, jamás amaste tan de corazón! Si no tienes presente hasta la más insignificante locura en que te hiciera caer el amor, no has amado; ó si no te has sentado, como yo ahora, fatigando á tu interlocutor con las alabanzas de tu amada, no has amado; ó si no has aban-

donado bruscamente la compañía, como me obliga la pasión á hacerlo ahora, no has amado. ¡Oh Febe, Febe, Febe!

(Sale Silvio).

ROSALINDA.—¡Pobre pastor! ¡Por buscar tu herida, he venido desgraciadamente á dar con la mía propia!

PIEDRA.—Y yo con la mía. Me acuerdo de que estando enamorado, quebré mi espada contra una piedra, y le dije que aguantara eso por venir de noche en busca de Juana Remilgos; y de cómo besé su batidera y los pezones de la vaca que ella había ordeñado con sus lindas manos agrietadas; y recuerdo, en fin, haber hecho la corte en lugar de ella á una vaina de guisantes, de la cual saqué dos y se los devolví diciendo con los ojos llenos de lágrimas: «Póntelos por amor á mí.» Nosotros, los que amamos de veras, damos en extrañas manías; pero así como todo muere en la naturaleza, toda naturaleza enamorada muere en la tontería.

ROSALINDA.—Hablas con más sensatez de lo que piensas.

PIEDRA.—Ya lo creo: no he de caer jamás en cuenta de mi propio ingenio, hasta que me dé de narices contra él.

ROSALINDA.—¡Oh Jove, Jove! La pasión de este pastor se parece mucho á la mía.

PIEDRA.—Y á la mía; pero ya se me va poniendo un poco rancia aquí dentro.

CELIA.—Os ruego que uno de vosotros pregunte á aquel hombre, si nos dará por oro algún alimento. Estoy medio muerta de desmayo.

PIEDRA.—¡Hola! ¡á ti, villano!

ROSALINDA.—Silencio, bufón: no es pariente tuyo.

CORINO.—¿Quién llama?

PIEDRA.—Tus superiores, pobre hombre.

CORINO.—Muy desvalidos han de ser, si son mis iguales.

ROSALINDA.—Silencio, digo. Muy buenas tardes, amigo.

CORINO.—Y á vos, gentil caballero, y á todos vosotros.

ROSALINDA.—Ruégote, pastor, que si el afecto ó el oro pueden comprar algún refrigerio en este desierto, nos procures algo con qué reposar y alimentarnos. Hé aquí una joven doncella fatigada en demasía por el viaje y que se desmaya por falta de socorro.

CORINO.—La compadezco, gentil señor, y quisiera por su bien más que por el mío que mis recursos fuesen mayores para aliviarla; pero soy pastor al servicio de otro hombre, y no trasquilo el rebaño que apaciento. Mi dueño es de carácter duro, y no se cuida de encontrar el camino del cielo por actos de hospitalidad. Por otra parte, su egido, sus ganados y sus pastos están en venta; y con motivo de su ausencia, no hay en nuestro cortijo cosa con que pudierais alimentaros; pero venid y veréis lo que hay, que por mi parte seréis muy bienvenidos.

ROSALINDA.—¿Y quién comprará sus rebaños y sus pastos?

CORINO.—Aquel joven zagal, que visteis poco há, y que tiene muy poco interés en comprar algo.

ROSALINDA.—Te suplico que, guardando los fueros de la honradez, compres tú la casa, los pastos y rebaños. Te daremos con qué pagarlos.

CELIA.—Y aumentaremos tu salario. Gústame el sitio, y de buena gana pasaría en él mi tiempo.

CORINO.—Que todo está para vender, es seguro. Venid conmigo, y si os agradan los informes sobre el suelo, las ganancias y este género de vida, seré vuestro fiel labrador, y lo compraré todo con vuestro oro sin perder momento. *(Salen).*

ESCENA V

Entran AMIENS, SANTIAGO, y otros

CANTO

AMIENS. Quien bajo el árbol frondoso
desea yacer conmigo,
y ajustar su alegre canto
del ave á los dulces trinos,
que venga hacia aquí, que venga,
donde no hay más enemigo
que el invierno y la tormenta,
las tempestades y el frío.

JAQUES.—Continuad, continuad, os lo suplico.

AMIENS.—Os entristecería, monsieur Jaques.

JAQUES.—Y gracias. Más, os ruego, más. Puedo sorber melancolía de una canción, como huevos la comadreja. Más, te ruego, más.

AMIENS.—Estoy enronquecido. Conozco que no podría agradaros.

JAQUES.—No deseo que me agradéis; deseo, sí, que cantéis. Vamos: más: otra estrofa. ¿No las llamáis estrofas?

AMIENS.—Lo que queráis, monsieur Jaques.

JAQUES.—No me importan sus nombres. Nada me deben. ¿Queréis cantar?

AMIENS.—Más por satisfaceros que por placer mío.

JAQUES.—Pues bien: si alguna vez doy las gracias á un hombre, será á vos; aunque lo que llaman cumplidos se parece al encuentro de dos monos; y cuando un hombre me da gracias sinceramente, se me figura haberle dado un centavo, y que me devuelve gracias á lo mendigo. Vamos, cantad y que los demás cierren la boca.